

PODER, VIOLENCIA Y HUMANIZACION

La contrarrevolución capitalista a comienzos del siglo XXI ¹

Inés Izaguirre, septiembre de 2006

< izaqui@retina.ar >

Quiero prologar para los lectores de este CD, los 25 trabajos que otros tantos jóvenes sociólogos latinoamericanos presentaron en el XXV Congreso de ALAS, en la Mesa sobre Violencia Social y Derechos Humanos. El punto de partida de estas reflexiones se asienta en las condiciones en que se está desarrollando el modo capitalista de producción a comienzos del siglo XXI: contrarrevolución capitalista mundial iniciada hace apenas un cuarto de siglo, que ha logrado extender y profundizar al máximo lo que son las contradicciones esenciales del modo de producción:

- concentración de riqueza y poder como nunca antes vió la humanidad,
- máxima distancia, pauperismo y desvalorización de la fuerza de trabajo creadora del obrero social,
- un avance científico y tecnológico que supera todas las fantasías de los mejores escritores de ciencia ficción. Y al mismo tiempo,
- un atraso, una lentitud y una precariedad asombrosas en el conocimiento de la conducta humana, y sobre todo, en la posibilidad de producir un avance civilizatorio que supere la ajenidad con que una parte de la humanidad mira y siente a la otra.

¿ De qué estoy hablando cuando pienso en ese avance civilizatorio no logrado, o mejor dicho "atrasado", en relación a la producción de riqueza y artefactos?

Quienes compartimos estas Jornadas sabemos que la garantía de todo poder está en el sistema de punición, y en última instancia, en la amenaza de muerte. El núcleo conceptual del problema que debe resolver todo régimen de dominio, particularmente cuando debe afrontar cambios profundos, como los que involucra un nuevo paradigma de acumulación (de capital y de poder), puede definirse como la necesidad de *destruir las relaciones de autonomía* que se hayan desarrollado en los sectores subordinados de la sociedad, y *construir nuevos y más profundos lazos de heteronomía, que produzcan un consenso "normalizador"*. Este problema, que exige la implementación de una estrategia estatal de guerra, no siempre ni necesariamente se ha resuelto bajo formas bélicas y menos aún genocidas, al menos hacia el interior de la sociedad. Suele ser suficiente una estrategia represiva "armada". Pero cada vez más, desde la última década del siglo XX los poderes imperiales lo están resolviendo así: con muerte, guerra y genocidio.

Hablo de este proceso: De cómo se construye socialmente ese "otro" que deja indiferente a la inmensa mayoría, si se lo excluye, se lo hace sufrir, se lo desaparece o simplemente se lo mata . Hace ya varios siglos que los humanos hemos aprendido y aceptado que pertenecemos a una misma especie, pero es todavía un aprendizaje "intelectual" , algo que, en el mejor de los casos, se afirma en las escuelas, en la ciencia social – y en esto el aporte de Marx sigue siendo fundamental - o en la ciencia biológica. Y antes que eso, en nuestra historia cultural, el cristianismo lo postuló como principio. Pero a nadie escapan las largas luchas que en el seno de la sociedad- y de la iglesia- debieron librarse y se

¹ Ponencias presentadas en el XXV Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS), realizado en Porto Alegre del 22 al 26 de agosto de 2005. Grupo de Trabajo N° 27, sobre Violencia Social y Derechos Humanos, con la Coordinación de Emilio Dellasoppa y Carlos Figueroa Ibarra.

siguen librando para reconocer como iguales a distintos grupos humanos: los esclavos, los indígenas, las mujeres, los homosexuales.

Existe en primer término la palabra: *humanidad*. Antes que eso existió el concepto de *lo humano*, del hombre. La existencia de la palabra indica un primer nivel de conocimiento, *indica que algo puede ser pensado*.

Como sabemos a esta altura del desarrollo de la ciencia social y de los procesos de aprendizaje, el conocimiento de algo *comienza por la acción, sigue con la reflexión y vuelve a verificarse con la acción*. Las revoluciones burguesas del siglo XVII y XVIII y las revoluciones proletarias de los siglos XIX y XX constituyeron las grandes acciones sociales reivindicativas que marcaron el advenimiento y la consolidación del orden social capitalista, así como la posibilidad de su superación, y plantearon la consigna de la igualdad entre los hombres. Es a partir de esas ideas que alcanzaron "*la firmeza de un prejuicio popular*", como dice Marx en el primer capítulo del Capital, que se hizo posible conceptualizar la igualdad de los trabajos humanos en términos de energía corporal, física y mental, y conceptualizar el valor. Pero, al igual que ocurre en el transcurso de la vida de los individuos, luego de esas grandes rupturas revolucionarias ha habido un reflujo: *los viejos poderes vuelven por sus fueros con su séquito de castigos para los que se animan a ejercer autonomía*.

Si en el discurso se acepta la existencia de una especie humana única, de un ser genérico del hombre, el problema se plantea cuando nos encontramos frente a la realidad de su negación, de la escisión que atraviesa hoy a los humanos, la reproducción de las grandes desigualdades y sobre todo, la producción de hechos atroces de una parte de los humanos sobre otra. La obra más conocida de Primo Levi se inicia con esa pregunta : *Si esto es un hombre*. Porque son las acciones hacia los otros hombres las que dan la medida de la realidad de ese conocimiento, de esa toma de conciencia. ¿ Qué procesos hacen posible que de pronto una parte de los hombres nieguen a otros hombres la posibilidad de existir?

Los trabajos que aquí presentamos nos hablan de distintas facetas de esos procesos.

El hecho que la mayor parte de nuestras vidas transcurra entre *relaciones heterónomas*, de dependencia de diversas autoridades, y que la adopción de conductas autónomas implique siempre una ruptura de relaciones sociales, supone la existencia de conflicto, de lucha, de confrontación con quienes personifican esos poderes. Las primeras autoridades con quienes aprendemos a confrontar son figuras queridas, los padres, los maestros o quienes ejercen esos papeles. Después de Piaget sabemos que no son aprendizajes "intelectuales" solamente sino simultáneamente morales, afectivos. Sabemos que el proceso de conceptualización es paralelo al desarrollo de la noción de justicia, y que el descubrimiento de relaciones de cooperación, es paralelo al descubrimiento de los iguales. No hay posibilidad de juicio crítico, señala Piaget, entre desiguales.

Pero del mismo modo que lo vemos en la sociogénesis de los grandes procesos de luchas de clases, *los poderes instituidos vuelven a constreñir a los individuos que se autonomizan*. Los controles son eficientes porque están in-corporados, puestos en el cuerpo de los hombres. *Y el primer gran control interno es la construcción social, política, y moral de la obediencia*.

El estudio y la medición de estos mecanismos internos de obediencia cuasi-automática a la autoridad comienzan todos en la última posguerra. En todos los casos a estos científicos sociales los movía la enorme preocupación por las grandes matanzas y

persecuciones de la segunda guerra mundial. La célebre investigación de Milgram² se inició alrededor de 1960, y hace poco más de 50 años en que vio la luz por primera vez la obra monumental de Adorno sobre *“La personalidad autoritaria”* y la medición del prejuicio, que probó una fuerte consistencia y correlación en muy diversos países de cultura occidental.

Milgram verificó también que hay muchas cosas que no sabemos de nosotros mismos. Que en situaciones en que las órdenes provienen de una autoridad reconocida y respetada, la enorme mayoría de nosotros es capaz de realizar actos aberrantes.

Probó además *qué difícil es el proceso de la desobediencia*: éste es siempre un proceso social iniciado por minorías, una conducta gestada en relación a otros, iguales, aunque la llevemos adelante en soledad. En la totalidad de los casos es muy fuerte la incomodidad del disidente, tanto como lo es la sensación de liberación cuando lo consigue y rompe la tensión entre relaciones sociales contrapuestas.

El enorme arsenal de *los miedos* construídos en nuestros cuerpos a lo largo de la vida - individual y genérica- en nuestras sociedades también ha sido objeto del análisis científico, entre otras disciplinas por la neurofisiología y la etología. Olvidamos muchas veces que nuestro cerebro, ese programa maravilloso construído a lo largo de cientos de miles de años porta huellas ancestrales de los miedos de la especie, además de los miedos contemporáneos.

Durante todos los años 80, una vez salidos nuestros países de las dictaduras militares, la reflexión sociológica expresada en nuestros Congresos mantuvo vigente las banderas de las democracias, siempre calificadas por diversos atributos- en transición, incipientes, recuperadas, frágiles, limitadas, restringidas, burocratizadas, mediáticas. La serie es larga, pero al fin se trataba de democracias, siempre preferibles a las dictaduras abiertas. Ahora bien, los mecanismos democráticos que exhiben ahora nuestros países son cada vez más formales. Me refiero a la emisión periódica del voto, que ha ido perdiendo significado en la medida que los representantes electos se independizan casi absolutamente de sus promesas preelectorales una vez en el gobierno. Se han transformado en agentes de la fuerza social opresora. Estamos asistiendo sin embargo a nuevos procesos de rebelión popular en varios de nuestros países, mientras los grandes países imperiales están agitando la bandera del *terrorismo*, y el problema de la democracia ha pasado al desván de los recuerdos. ¿Qué estamos haciendo al respecto?

La pregunta está sobre todo dirigida a nosotros, a todos los científicos sociales de nuestra región. Los poderes contra los que nos enfrentamos son infinitamente más poderosos que en el pasado, pero también es cierto que esas fuerzas cuentan a su favor con la indiferencia de una parte importante de los ciudadanos frente a los llamados excluídos. La expresión es falaz, porque se trata en realidad de un *reservorio de pobres incluídos* en el sistema en tanto *excluídos del activo* de los asalariados precisamente para mantenerlos atemorizados y disciplinados.

En realidad hemos sido entrenados para soportar su sufrimiento sin sentirnos comprometidos. Y si cada hombre es el conjunto de sus relaciones sociales, esos “otros” son escindidos de nuestra identidad: los percibimos y los sentimos *ajenos*, con la misma complicidad inadvertida con el poder con que gran parte de nuestra sociedad sugería que los secuestros y desaparecimientos “por algo serían”.

Esa es precisamente la inhumanidad: la indiferencia frente al sufrimiento ajeno. Es cierto que muchos de nosotros no podemos alegar ignorancia. Hemos expresado en muchas ocasiones nuestro conocimiento de las rupturas que ha provocado y sigue provocando el avance de las alianzas fascistas del gran capital en nuestra sociedad. Lo hemos escrito y

² Stanley Milgram: *Obediencia a la autoridad. Un punto de vista experimental*, Bilbao, Desclée de Brower, 1980.

publicado. Hemos denunciado la ruptura de las solidaridades, el destino de desamparo y violencia que se cierne sobre cientos de miles de jóvenes, niños, mujeres, ancianos y en fin, sobre toda la serie de débiles y oprimidos que exhiben nuestras sociedades periféricas. A muchos nos duele profundamente la ineficacia de tal protesta, la insuficiencia de las denuncias para producir un cambio. Los trabajos aquí reunidos son una prueba de ello. Muchos de nosotros además militamos en la defensa de los derechos humanos... Pero, qué humanos?

Cada vez que el poder escinde de *nos-otros* una nueva porción de “*otros*”, nos debilita, nos expropia nuevas relaciones sociales, nos parcela la humanidad, y en ese sentido nos vuelve menos humanos, más in-humanos, porque esa escisión es el ejercicio cómplice e impune del castigo sobre los “*otros*” escindidos, operación para la que el régimen nos entrena todos los días. El miedo siempre opera sobre algo que tiene significado para nuestro ser social. Tomar conciencia de esta enajenación nos produce una gran incomodidad, pero si la aceptamos mansamente nos transforma, nos hace menos diversos, menos ricos, y por lo tanto más proclives al fascismo, a la negación de los otros escindidos, nos hace intelectualmente más pobres, afectivamente más sometidos, físicamente menos vitales.³

La empresa de humanización entonces, comienza por *la desobediencia a toda orden inhumana*, tal como lo expresamos en la Declaración con que finalizamos el ALAS XXII en Concepción. Es decir, *a toda orden que nos enajene una parte de la humanidad, que parcele nuestro ser social*.

Sin embargo, para el conjunto de los seres humanos no está claro todavía que constituyen una especie, por eso todavía sigue habiendo grandes matanzas, y una organización social de la búsqueda de la subsistencia tremendamente injusta, lo cual significa que *aún no estamos en una etapa en la que cualquier ser humano es un humano para otro*.⁴

Muchos de nosotros ya estamos entrenados para reconocer y denunciar las órdenes inhumanas: tenemos la convicción intelectual para hacerlo, y distinguirlas de las órdenes humanas. Pero ésta convicción no es suficiente para *actuar* sobre aquellas. Este es el entrenamiento que nos falta. Claro que no toda orden, no todo mandato es inhumano, aunque *siempre* pertenece a un orden normativo, y como todo orden normativo, ha sido históricamente impuesto y está garantizado en última instancia por el uso monopólico de la fuerza. Pero en la medida que son muchos los que aceptan ese orden, y además, hay muchos aspectos de ese orden que aceptamos todos, nuestra destreza consistirá en distinguir unos y otros aspectos y en ejercer resistencia activa y pasiva al carácter inhumano – o sea desigual, inequitativo, excluyente, mortífero - de muchas de sus normas.

Para nosotros, científicos sociales, la primera obligación es el conocimiento de los comportamientos que pugnan en uno u otro sentido. Deseamos, aspiramos a que se extiendan rápidamente las condiciones de existencia más humanas, pero no sabemos bien cómo se hace. De allí que la lucha por el *conocimiento para todos* sea una primera meta clara. La ignorancia y sus diversas formas - el silencio, el secreto, la banalidad – son los mejores aliados de la inhumanidad, y por lo tanto de la impunidad.

Esa será nuestra forma de profundizar nuestro propio proceso de humanización.

³ El psicoanalista argentino Fernando Ulloa ha registrado esos procesos en la vida cotidiana de los argentinos, como consecuencia de la aceptación de la impunidad. Cfr. “Vivir a medias. Reflexiones de un psicoanalista”, en diario Página 12, del 4 de julio de 1993.

⁴ Estas reflexiones se las debo a Juan Carlos Marín. Ver el “*Tercer Cuaderno de Reflexión y Acción no violenta*”, Ed. Serpaj, México, 1997, conversación con estudiantes de la UNAM y miembros del Programa de Investigaciones en Cambio Social (PICASO).